

América en los libros

Rondas a las letras de Hispanoamérica, Selena Millares, Editorial Edinumen, Madrid, 2000, 185 pp.

Toda ronda es asedio pero también cortejo, celebración y anhelo, deseo de atrapar a un ser esquivo que se niega a revelarnos sus secretos. De esta manera, persistente y apasionada, Selena Millares rastrea en esta colección de ensayos sobre las letras de Hispanoamérica las huellas de un continente diverso y multiforme que, como un animal mitológico, se ha mostrado desde su origen reacio a las clasificaciones.

La patria común del continente, no obstante, es el idioma, semilla trasplantada al fértil suelo americano que, desde el *Periquillo Sarniento* de Lizardi al modernismo de Darío, se ha enriquecido a fuerza de transgresiones hasta llegar a convertirse en un frondoso árbol de múltiples ramas en cuyo bosquejo se interna la mirada crítica de Millares para mostrar de qué manera sus retoños se entrelazan, se vinculan entre sí o se unen por secretos canales a las grandes corrientes universales renovándolas y enriqueciéndolas en el largo y angustioso proceso de la búsqueda de su propio rostro y de su propia identidad.

Pero no es solamente la red de influencias que sustenta a la literatura hispanoamericana lo que

Millares desea establecer con sus asedios sino mostrar de qué manera y sobre qué circunstancias históricas se han forjado los movimientos literarios del continente que, desde el barroquismo inicial de Sor Juana Inés de la Cruz a los viajes vanguardistas de ascenso y de descenso de *Altazor* y de *Residencia en la tierra*, pasando por la revuelta modernista de Darío, Silva y Casal y el telurismo romántico de Mármol y Echeverría, se han mantenido fieles al empeño de forjar la utopía, a fuerza de dinamitar, carnavalizar y conjurar, desde todos los ángulos, una realidad adversa y opresora que se opone a los sueños e ideales del hombre.

Atentos al marco histórico en que se desarrollaron sus propuestas y a las condiciones sociales de su tiempo, estos ensayos de Millares, centrados en la obra de autores tan diversos como Sor Juana Inés de la Cruz, Rubén Darío, José Asunción Silva, Dulce María Loynaz, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Gonzalo Rojas etc., tienden lazos a uno y otro lado del océano y nos dejan conocer, al mismo tiempo, la polémica suscitada por sus obras, las propuestas realizadas en su tiempo, las detracciones sufridas por su franqueza y novedad y la justa revalorización que, con la

perspectiva de los años, les ha otorgado la crítica.

La identidad esquiva de Latinoamérica abordada a través del símbolo de Calibán, las diferentes visiones sobre España que de Bolívar a Darío cambian diametralmente de ángulo, el sugestivo claroscuro del barroco en Sor Juana que marca los sueños simbolistas y la veta de la poesía pura, las controversias surgidas en torno a la rebelión modernista y a obras como las de Silva y de Darío que se extienden a lo largo de un siglo, la crisis del 98 y su respuesta vigorosa en cada una de las orillas del Atlántico en las obras de Martí y de Unamuno, los juegos de agua de Dulce María Loynaz frente al carácter ígneo de Delmira Agustini y el aéreo de Gabriela Mistral, y profundas indagaciones en motivos recurrentes como «el viaje imaginario» en vanguardistas como Lugones, Herrera y Reissig y Vicente Huidobro o el rastreo minucioso de la senda seguida por algunos de los más ricos cauces de nuestra literatura como el de las letras cubanas o chilenas, son algunas de las principales preocupaciones de Selena Millares en estas rondas que bucean en el origen, en el agua de la leyenda y de los sueños que fecunda la obra de Miguel Ángel Asturias sin olvidar asomarse a la marginalidad trascendente, a las meditaciones de la muerte que desde lo popular y cotidiano, realizan poetas como Enrique Lihn, Óscar Hahn y Jorge Teillier.

Con un perfecto equilibrio entre la sensibilidad y la erudición y un manejo preciosista del lenguaje, los ensayos que conforman este libro son una densa y fascinante travesía por las letras de un continente inventado por ojos extranjeros que ha buscado y hallado en el poderoso sincretismo de sus letras los prismas que nos dejan conocer su verdadero y desgarrado rostro.

El pasajero Walter Benjamin, Ricardo Cano Gaviria, Tarragona, Igitur, 2000, 206 pp.

En la historia predominan los hechos, en la poesía las posibilidades. Dar forma a esas posibilidades coloreándolas con luz propia para que la historia deje de ser un simple obituario de fechas olvidadas y permanezca en nosotros con su luz y su paisaje perdurables es la tarea del novelista que se enfrenta a un hecho histórico, máxime cuando el tema que aborda es un suceso anónimo y tajante, como el suicidio de un hombre acosado en un perdido paso de frontera que, sin saberlo, habría de convertirse con este acto en un símbolo de su tiempo.

En *El pasajero Walter Benjamín*, Ricardo Cano Gaviria asume esta difícil tarea de imaginación y cono-

cimiento al recrear los momentos finales de la vida del pensador judío alemán Walter Benjamin quien, proscrito por el régimen hitleriano y perseguido por los agentes de la Gestapo en la Francia de Pétain arribó en busca de refugio en septiembre del 40 al puesto fronterizo de Port-Bou en los Pirineos españoles y, ante la imposibilidad de proseguir su fuga por la obcecación de los guardias franquistas que se negaron a franquearle el paso, decidió poner fin a sus días con una sobredosis de morfina antes que resignarse a ser entregado a la jauría de sus perseguidores.

«Sólo sobre un muerto no tiene potestad nadie», dejó escrito Benjamin antes de dar cumplimiento cabal a sus palabras, y es sobre este supremo acto de libertad del hombre acosado, que decide abreviar su vida para acortar su sufrimiento, y sobre la belleza que se oculta en la más definitiva de las partidas sobre las que Ricardo Cano Gaviria centra la atención de este relato, forjado en la luz crepuscular de un mundo que declina y que, al igual que el sol, nos revela al ocultarse su más bello e inefable resplandor.

El recuerdo de las luchas y fracasos, el presente mezquino y opresivo de un sórdido hotel de paso y el duermevela alucinado de una larga noche de vigilia en la que sueño y realidad se entrelazan y se funden en un mismo plano mientras la morfina va disgregando la conciencia,

son los tres planos de la narración en los que se desarrolla el relato y por los que Cano Gaviria hace desfilar los rasgos principales de la vida de Benjamin: su infancia berlinesa en la gran casa familiar, sus inquietudes filosóficas, sus querencias literarias, su preocupación pictórica, su *flanerie* del conocimiento, sus recuerdos de Ibiza y de París, sus diferentes amores.

Pero estos rasgos de la existencia del filósofo que apuntalan el relato, no se encuentran narrados con la proclividad realista que caracteriza al autor de novela histórica sino insinuados por medio de detalles: las gruesas gafas de miope de Benjamin que distorsionaban la realidad, la misteriosa maleta oscura que protegió hasta el fin de su viaje, las flores marchitas que encontró en el desportillado jarrón del hotel donde pasó su última noche, la dolorosa sensación de sentir que ser judío era ser una cola de rata, una pieza más que los asesinos codiciaban para juntar a su ristra sangrienta, la invisible partida de ajedrez que parecía sostener con el hado maléfico y jorobado que regía sus días y muchos otros elementos circunstanciales que Cano Gaviria aporta con su imaginación y que le permiten crear este sentido claroscuro del autor cercano a la escuela de Frankfurt, de su angustia, su firmeza y su desolación final al enfrentar la muerte.

Pero para que pueda contarse, toda aventura de viaje debe estar

sostenida o apoyada en las manos de una mujer: la madre, la amante, la hermana, arquetipos que Cano Gaviria fabula a través de las acompañantes de Benjamin: la señora Grunwald, la señora Wilmart y la joven alsaciana, tan parecida a su amante letona de la lejana ciudad de Riga, arquetipos de la protección, de la amistad y del amor que, al término de su penosa y lacerante aventura final por los Pirineos, se funden en una única, sibilina y voluptuosa imagen de la muerte que, como una enamorada, llega a desposarlo, a liberarlo del peligro de la degradación y de la indignidad.

Las erizadas cumbres de los Pirineos como frontera entre los pueblos y los hombres, con el trasfondo de su nombre que recuerda al de las piras y *progroms* y el doloroso viaje de un hombre forzado a una resolución suprema para preservar su libertad son el delicado marco en el que Ricardo Cano, con una prosa cuidada y lírica y con un profundo conocimiento de su personaje y de su tiempo, recrea los momentos finales de la vida de Benjamin para mostrarnos la belleza que, pese al dolor, puede existir en el ocaso, en lo que muere, en esa cumbre insalvable que es la muerte y que, como diría Séneca, «tomamos en nuestro desatino como escollo, cuando en realidad es puerto».

Samuel Serrano

La rumba de Lázaro, Ernesto Mestre, traducción de Daniel Najmías, Tusquets, Barcelona, 2001, 602 pp.

Ernesto Mestre nació en Guantánamo (Cuba) en 1964. Pertenece, por tanto, a la novísima promoción de narradores cubanos que decidieron marcharse de la isla (Mestre lo hizo en 1972 para afincarse en Nueva York) y escribir, en inglés o en castellano, sobre el incierto futuro de Cuba. A pesar de que Ernesto Mestre ha optado por el inglés como lengua de referencia en esta primera novela, hay que destacar que es un libro completamente isleño en el que se aborda el triunfo y el desencanto de la revolución castrista en clave de farsa. Hay que encuadrar a este interesantísimo escritor dentro de la literatura de los trasteerrados, de la novela de la emigración, que trata de poner el acento en otra Cuba oculta y, sobre todo, en la necesidad de una renovación política que la saque del aislamiento. Es a través de una privilegiada imaginación y de una elaborada, barroca, rutilante, orgiástica y esplendorosa prosa como el autor de *La rumba de Lázaro* delata su condición de escritor caribeño. Gracias a esta desbordante y desatada imaginación Mestre nos ofrece una ambiciosa, festiva, delirante e hiperbólica novela en la que mantiene el pulso entre la historia y la ficción a través de una prosa que grita la influencia de Guillermo Cabrera Infante,